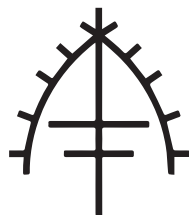


La casa de las puertas



Tan Twan
Eng

La casa de las puertas

Título original: *The House of Doors*

© Tan Twan Eng, 2023

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, mayo de 2024

© 2023, Cristina Mimiaga Bremón, por la traducción

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab, por el diseño gráfico

Alicia Escamilla, por la edición de mesa

Natalia Martínez, por la maquetación

ISBN: 978-84-19211-36-1

Depósito legal: M-233- 2024

Impreso por Leitzaran Grafikk

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para A. J. Buys
y en memoria de mi padre,
Tan Ghin Hai (1937-2013)*

Realidad y ficción están tan mezcladas en mi obra que ahora,
echando una ojeada, difícilmente puedo
distinguir la una de la otra.

SOMERSET MAUGHAM

Recapitulación

LIBRO PRIMERO

Prólogo

Lesley
Doornfontein, Sudáfrica, 1947

Una historia, al igual que un ave montañesa, puede transportar un nombre más allá de las nubes, incluso más allá del tiempo. Willie Maugham me dijo esto hace muchos años.

Hace mucho que ya no irrumpe en mis pensamientos, pero, mientras contemplo las montañas desde mi *stoep*¹ en esta mañana de otoño, puedo oír su voz, seca y fina, su dicción precisa, correcta, como todo lo demás en él. En mis recuerdos, lo veo de nuevo durante su última noche en nuestra vieja casa al otro lado del mundo, los dos en la veranda, en la parte trasera, hablando tranquilos bajo la luna llena, una barcaza de luz a la deriva en el mar. El resto de las personas en la casa ya se habían retirado a dormir. Por la mañana zarpó de Penang y no lo volví a ver.

Diez mil días y diez mil noches han descendido por el río interminable desde entonces. Ahora vivo en las orillas de un mar diferente, un mar de arena y piedra silenciosa.

Hace media hora, mientras terminaba mi desayuno en el *stoep*, advertí a lo lejos una figura familiar que subía pedaleando por el empinado y polvoriento camino de tierra hacia la cima. La seguí con la mirada mientras ascendía la cuesta y luego avanzaba sin esfuerzo pendiente abajo hasta la pequeña entrada festoneada de chopos. Al llegar al porche, se bajó de la bicicleta y la sostuvo sobre el pie de apoyo.

¹ *Stoep*, en Sudáfrica, es un pequeño balcón o porche. (*N. de la T.*)

—*Goeie more*², señora Hamlyn —gritó.

—Buenos días, Johan.

Sacó un paquete de la saca, subió al *stoep* y me lo entregó. Estaba envuelto en un grueso papel de color marrón y atado con dos vueltas de cordel, pero se notaba que era un libro. Hace casi seis años que murió Robert, pero su correo —catálogos y muestras de libros procedentes de anticuarios de Londres, boletines de sus clubes— continuaba llegando incluso mucho después de haber informado a los remitentes sobre su fallecimiento.

—No es para el señor Hamlyn —me aclaró Johan—. Es para usted.

—¡Ah!

Rebusqué en mis bolsillos para encontrar mis gafas de lectura, me las puse y entrecerré los ojos para leer el nombre impreso en el paquete: «Sra. Lesley C. Hamlyn».

Fijé la vista en la dirección postal durante un momento. Salvo la carta mensual de mi hijo desde Londres, no recordaba la última vez que había recibido correo a mi nombre.

Johan señaló los sellos.

—¡Qué pájaro tan gracioso!

—Es un búcaro —dije.

El pico grande y curvado y el copete pesado y huesudo le daban un aspecto cómico. Estaba encaramado en una rama y debajo aparecían las palabras «B.M.A. MALAYA».

—¿Me los guarda?

Pestañeé.

—¿Qué? Oh... Por supuesto. —Dejé el paquete encima de la mesa—. ¿Una taza de té, Johan?

Meneó la cabeza.

—Hoy tengo un saco lleno de correo. —Se volvió para marcharse, pero le detuve.

—Espera, Johan. —Entré en la casa corriendo y regresé un momento después con una pequeña bolsa de papel—: Aquí tienes unos *koeksusters*³.

² En afrikáans, «buenos días». (*N. de la T.*)

³ Dulces tradicionales de Sudáfrica, parecidos a las trenzas. (*N. de la T.*)

—*¡Bai Dankie!*⁴. Los suyos son los mejores, incluso mejores que los de Tannie Elsie.

—¡Más vale que no se entere!

—*Ja*⁵. Aún está disgustada porque usted ganó el premio a la mejor tarta de leche en el Kerk Bazar. Le dijo a mi madre que ni siquiera deberían permitirle participar en las competiciones.

Después de veinticinco años, aún había personas en el distrito que me consideraban forastera.

Johan me miraba con una expresión algo preocupada. Hizo un gesto con la cabeza, señalando el paquete que me había traído.

—Espero que no sean malas noticias.

No respondí. Le observé mientras se alejaba pedaleando hasta que desapareció por la carretera. Volví a la mesa y me senté, acerqué el envoltorio y lo examiné. No figuraba el remitente, pero los matasellos, emborronados como tatuajes, indicaban que había sido enviado desde Penang en septiembre de 1946. El enredo de direcciones superpuestas por diferentes manos, de alguna manera había logrado localizar mi rastro en el viento: lo habían mandado al antiguo despacho de Robert en Londres antes de reenviarlo a nuestro abogado en Ciudad del Cabo y, casi medio año después, me había sido remitido por correo desde Penang hasta esta granja ovina a veinticinco kilómetros de Beaufort West.

Corté el cordón con el cuchillo de la fruta e inserté la punta en un doblez del envoltorio y, con dos o tres cortes enérgicos, lo rasgué. Se vislumbró una esquina del libro. Continué retirando el papel hasta que apareció el título: *La casuarina*, de W. Somerset Maugham.

No había nada más en el paquete; ninguna carta, ninguna nota. Di la vuelta al libro. Robert coleccionaba primeras ediciones y tenía la obra completa de Willie Maugham —sus novelas y relatos cortos, teatro y ensayo—. Imaginé que el volumen que tenía entre las manos también sería una primera edición. Los tonos de los árboles tropicales y ese cielo azul en la sobrecubierta estaban ya descoloridos.

⁴ En afrikáans, «muchas gracias». (*N. de la T.*)

⁵ En afrikáans, «estoy de acuerdo» (*N. de la T.*)

El índice enumeraba una docena de relatos. Fui pasando las páginas hasta llegar a la última. Al leer en alto, con voz queda, el primer párrafo, me transporté de inmediato a Malaya. Sentí un cargante calor tropical que me sofocaba, denso y vaporoso, y el sabor acre y salado de las marismas me taponó los orificios nasales.

Volví a la primera página, pero no había dedicatoria ni firma alguna. Impreso bajo el título estaba el glifo de aspecto arcaico que Maugham ponía en todos sus libros. Sin embargo, este en particular era un poco diferente: alguna mano desconocida había trazado un rectángulo fino y negro alrededor del símbolo, encuadrándolo. Había otra línea recta, negra trazada de arriba abajo que atravesaba el encuadre exactamente por la mitad.

Fruncí el ceño, confusa.

Un instante después lo vi, comprendí lo que me decían las líneas. Con cuidado, como si temiera hacer cualquier movimiento brusco capaz de desplazar el rectángulo que enmarcaba el símbolo, dejé el libro en la mesa. Una brisa leve curvó la página abierta, que se aplanó un instante después. Me recosté en la silla, mi mirada fija en el glifo; un ancla incrustada en el papel.

Robert y yo habíamos abandonado Penang a finales de 1922 a bordo de un trasatlántico P&O hasta Ciudad del Cabo. Tras una agradable estancia de quince días en un hotel junto al mar, cogimos el tren a Beaufort West, una pequeña ciudad situada a unos cuatrocientos ochenta kilómetros en dirección noreste. Bernard, el primo de Robert, tenía una explotación de ganado ovino, y nos había construido un modesto *bungalow* en sus tierras. Con sus paredes blanqueadas y cubierto con un tejado ondulado de aluminio pintado de verde oscuro, ocupaba un cerro elevado y extenso. Desde la veranda, ancha y sombreada —«nunca me acostumbraré a que los lugareños lo llamen *stoep*», pensé—, teníamos una vista panorámica de las montañas del norte. Se habían formado tras el último episodio de actividad sísmica del planeta, que, hacía ya una eternidad, había comenzado muy al sur, en el extremo confín del continente.

Cuando llegamos era verano y el sol azotaba la tierra. Todo era desolador; el paisaje rocoso, los rostros de las personas e incluso la

luz. ¡Cuánto echaba de menos el cielo durante el monzón ecuatorial y los tintes cambiantes de ese mar camaleónico!

Una semana después de instalarnos en nuestro nuevo hogar, fuimos invitados a cenar a la granja. El sol se ocultaba tras las montañas mientras recorríamos los casi dos kilómetros desde nuestro *bungalow*. Tuvimos que parar un par de veces por el camino para que Robert recuperara el aliento. Bernard Presgrave tenía treinta y ocho años, doce menos que mi marido. Robusto y de apariencia rubicunda, me recordaba a Robert cuando nos casamos. Su granja se llamaba Doornfontein, la Fuente de las Espinas, el tipo de nombre poco propicio que hubiera provocado que mi vieja *amab*⁶, Ah Peng, protestara con tono tenebroso: «Esto no augura nada bueno». Pero, al parecer, Bernard y su esposa Helena, una chica plácida y sencilla del Cabo, prosperaban.

Los demás invitados, los granjeros de la zona y sus mujeres, ya estaban reunidos en el descuidado jardín trasero de la granja cuando llegamos. Nos unimos a ellos formando un círculo, bajo una acacia espinosa, sus ramas desnudas con finas agujas blancas y punzantes, largas como mi dedo meñique. La risa y los gritos de los niños que jugaban en un extremo del jardín resonaban en el aire nocturno. Un par de bidones de aceite vacíos, abiertos a lo largo por la mitad, se sostenían sobre armazones mientras el fuego de la leña flameaba en su interior. Chuletas de cordero y ristas de longanizas humeaban sobre la rejilla. Los granjeros eran bóeres, de rostro y discurso simples, pero afables una vez que los conocías. Advertí que el cotilleo destacado de esta noche, rumiado una y otra vez hasta agotar el tema en todo el distrito aquella temporada, concernía a un inglés rico de mediana edad y a su bella y joven esposa, que se habían mudado a Beaufort West desde Londres el verano anterior.

—El médico le sugirió que el aire de aquí le vendría bien —dijo Bernard, sin perder de vista las chuletas de la parrilla—. Graham, el marido, había comprado un terreno en la granja de Jannie van der Walt y en ella habían construido su casa, una enorme. Uno de estos días os llevaremos allí para que podáis echar una ojeada. —Bernard

⁶ En India y el este de Asia, es una niñera o criada, a veces de origen chino. (*N. de la T.*)

se acercó a los bidones de aceite y dio la vuelta a la carne; las gotas de grasa cayeron al fuego formando nubes de un humo enfurecido que siseaban al aire—. La salud de su mujer mejoró —resumió al sentarse de nuevo—, pero una mañana, hace como tres semanas, ella le abandonó. Se marchó cuando él aún roncaba en su cama.

—Se llevó todas sus joyas —retomó Helena la historia—, pero no dejó ninguna nota para Graham. Pobre hombre, ni siquiera una nota.

Bernard rio.

—Conociendo a Graham, seguro que esa deplorable falta de modales lo enfureció mucho más que otra cosa.

—Ah, eso no tiene gracia, Bernard —le recriminó su mujer.

—Curiosamente, nuestro médico de familia en el *dorp*⁷ desapareció esa misma mañana —continuó él—. Dejó a la mujer y no se le ha vuelto a ver el pelo.

Observé a Robert, sentado justo enfrente de mí; nuestras miradas se cruzaron.

—Es justo el tipo de historia con la que Willie hubiera disfrutado —dijo.

—¿Willie? —preguntó Bernard.

—Somerset Maugham —le aclaró Robert.

—¿Quién es ese? —preguntó uno de los invitados.

—Un escritor —dijo Robert—. Uno muy famoso. En realidad, es un viejo amigo. Se hospedó con nosotros en Penang. Prometió visitarnos aquí; os lo presentaremos cuando venga.

—Me gustaron algunos de sus relatos —intervino Helena—, sobre todo, *Lluvia*, nunca lo olvidaré.

—¿Ese no es un poco espeluznante? —preguntó uno de los hombres, frotándose las manos con aire de satisfacción.

—No —replicó Helena—; trata de una mujer... —Su rostro se ruborizó; se alisó los pliegues de la falda sobre las rodillas—: ¡Oh!, ya te dejaré el libro, Gert, lo podrás leer tú mismo.

—Ah, ¿quién tiene tiempo para leer?

Bernard me lanzó una sonrisa burlona.

—¿Os menciona a vosotros en sus historias?

⁷ En Sudáfrica, un pueblo de origen holandés. (*N. de la T.*)

El atardecer se desvanecía en el horizonte. Me ajusté el chal alrededor de los hombros.

—Seguramente pensaría —dije, lanzando una rápida mirada a Robert— que éramos el matrimonio más aburrido que había conocido.

Para nosotros, la vida aquí no era muy diferente de la que teníamos en Penang. Robert y yo disponíamos cada uno de nuestro dormitorio y todas las mañanas nos reuníamos en la veranda para desayunar. A continuación, él se dirigía a su estudio para trabajar en sus memorias, que empezó a escribir poco después de mudarnos aquí. No había mucho que hacer en la casa; Liesbet, la mujer de uno de los trabajadores negros de la granja, cocinaba y limpiaba para nosotros. Tenía unos cuantos años más que yo, era gruesa, de cintura ancha y rostro redondo y sonriente que me recordaba al de las malayas en Penang. Para ocupar mis días, decidí plantar un jardín delante de la casa. La tierra era seca como el polvo de mi polvera, pero con ayuda de Pietman, el hijo de Liesbet, perseveraré sin desanimarme.

Por las noches, Robert y yo nos relajábamos en la veranda con nuestros *whiskies* con hielo y nuestros *pahits*⁸, y observábamos cómo se desvanecía otro día tras las montañas. Más tarde, antes de retirarnos a nuestros aposentos, yo tocaba el piano un rato. Robert se sentaba en su butaca y absorbía su té Pu-Erh con los ojos cerrados mientras se evadía con la música.

En el gran mapa desplegado en la pared de su estudio se extendían las costas bajas del Gran Karoo, unos doscientos cuarenta kilómetros al norte de Doornfontein. Sin embargo, había días en que me parecían mucho más cercanas y estaba convencida de poder sentir su silencio eterno expandiéndose desde lo más profundo del desierto; su quietud, su infinito vacío. Me vino a la mente una historia que escuché una vez sobre una pareja de exploradores, marido y mujer, que se habían perdido durante una expedición al desierto de Gobi. Para ocultar su creciente desesperación y la sensación de impotencia que los embargaba, a medida que se adentraban en las

⁸ Originado en la colonia británica de Malasia, el Gin *Pahit*, Bitter Gin o gin amargo, es un cóctel de ginebra y amargo de angostura; en malayo, «ginebra amarga» (*N. de la T.*)

profundidades del desierto dejaron de hablarse. A menudo me he preguntado qué resultó más opresivo, si el silencio del desierto o el silencio entre ellos dos.

El sonido de la puerta mosquitera al abrirse y golpear contra la pared me devuelve al presente. Levanto la vista de la página y cierro el libro. Liesbet sale a la veranda, su delantal blanco, almidonado y estirado sobre la prominencia de su vientre. Ahora tan solo viene una vez a la semana, y cada día sin excepción se queja del dolor de sus rodillas mientras limpia la casa.

—¿Otro libro? —dice, al colocar el plato y la taza sobre la bandeja—. Por toda la casa libros, libros, libros.

—Sí..., otro libro...

Deja la bandeja y me observa más de cerca. Le dedico una leve sonrisa y entro en casa con el volumen en la mano.

En la sala de estar paso por delante de mis acuarelas con representaciones de las viejas casas-tienda⁹ de Penang y continúo hasta la pared que ocupan las fotografías, sobre el piano Blüthner. Me alejo un poco y las observo, en busca de una de esas imágenes que tengo en mente en particular. No las he mirado, me refiero a contemplar estas fotos con detenimiento, en años.

En muchas se nos ve a Robert y a mí con nuestros dos hijos. A veces aparecen personas que nos visitaron en Penang, por ejemplo, actores, diputados, miembros de la aristocracia, escritores y cantantes de ópera. Ya ni siquiera recuerdo sus nombres y, de cualquier forma, lo más probable es que hayan fallecido hace mucho. En esta pared que ha encarcelado al tiempo, mi retrato de boda reclama su lugar de privilegio. Robert y yo nos encontramos en las escaleras de la iglesia de Saint George, en Penang. Enderezo la ligera inclinación del marco de plata y limpio la fina capa de polvo con mi dedo índice.

La gente de aquí supuso que haría las maletas y regresaría a Penang después de enterrar a Robert. Algunos días me preguntaba por qué no lo hacía. Pero, regresar a casa..., ¿para qué? ¿Y para quién? Todas las personas que conocía en Malaya o bien estaban muertas o

⁹ En Malasia, las *shophouses*, «casas-tienda», son viviendas en cuya planta inferior, a pie de calle, las familias tienen sus negocios. (*N. de la T.*)

habían desaparecido en tierras lejanas, donde llevaban vidas ya muy diferentes. Después, había estallado la guerra en todo el mundo y los japoneses invadieron Malaya. De modo que permanecí aquí, un borrón de pintura hecho por el pincel del tiempo en este extenso y eterno paisaje.

Debajo de mi foto de boda hay una fotografía de dos mujeres, con sus pintorescas y anticuadas blusas, vestidos y sombreros de otra época; Ethel y yo, con un rifle en las manos, y detrás, la fachada imitación de estilo Tudor del club The Spotted Dog en Kuala Lumpur. La instantánea se tomó después de una competición de tiro en el *padang*¹⁰. Pobre Ethel. Mis ojos se deslizan hasta la siguiente foto. La descuelgo y la estudio a la luz de las ventanas. Al contemplarnos a los cuatro —Willie Maugham, Gerald, Robert y yo— recostados en nuestros sillones de ratán bajo la casuarina del jardín, mis pensamientos retroceden a las dos semanas de 1921 durante las cuales el escritor y su secretario se hospedaron con nosotros en Cassowary House.

Dejo la fotografía. La mañana pierde su luz tras las laderas de las montañas lejanas. Hoy es el equinoccio de otoño; aquí, en la cuenca meridional de la Tierra, los tramos del día y de la noche son exactamente iguales. El mundo está en equilibrio y, sin embargo, yo me encuentro inestable, descentrada.

No hay ni una leve racha de viento ni sonido alguno, ni siquiera el petulante balido de las ovejas desde el valle. El mundo está tan quieto, tan quiescente, que me pregunto si no habrá dejado de girar. De pronto, a una altura elevada del suelo, advierto un movimiento en el aire: un par de aves rapaces, muy lejos de su aguilera en las montañas. Durante un minuto o dos quiero creer que son milanos brahmanes, pero claro, no puede ser...

Mi mirada sigue a las aves mientras fluctúan, sostenidas por la envergadura de sus alas abiertas, describiendo círculos en la página vacía del cielo.

¹⁰ En Malasia, es un campo de juego. (*N. de la T.*)